



COMUNICACIÓN ACADÉMICA N° 1762

*Del académico de número don
Fernando Finvarb, acerca de*

CARLOS GARCÍA

Señora Presidenta:

El 2 de octubre de 2003 se sancionó la ley 1093 de mi autoría por la que se declaró Ciudadano ilustre de la ciudad de Buenos Aires a quien antes se lo había distinguido, también por mi iniciativa en el año 2000, con la Batuta de Oro. Me estoy refiriendo a quien perteneciera a nuestra Academia, don Carlos Juan Pedro García Etcheverri, que pasó a la historia de todos y a la de cada uno de nosotros como Carlitos García.

En el centenario de su nacimiento –había nacido el 21 de abril de 1914 y falleció el 4 de agosto de 2006–, juzgo oportuna la fecha para recordar no al músico, compositor, arreglador, director, virtuoso del piano, que con excelencia abordara el folklore, el tango y el jazz. Ni su paso por la Hawaiian Serenaders, por la orquesta de Roberto Firpo, por el dúo Martínez-Ledesma, Los Bambucos, ni por haber acompañado, entre muchos otros artistas, a Alfredo Zitarrosa, al negro Rubén Juárez, a Alberto Marino, a Ramona Galarza, etc. Tampoco pretendo recordarlo hoy por haber sido fundador y director de la Orquesta del Tango de la ciudad de Buenos Aires, ni el docente reconocido, querido y respetado por todos sus alumnos y por otras muchas cosas más que nos llevaría varios plenarios simplemente enunciar, cosa que seguramente el académico Oscar del Priore, con mayor autoridad que la mía, podría esbozar.

Mi reconocimiento pasa por sus dichos y anécdotas que, a mi criterio, lo pintan de cuerpo entero. Las conocidas y repetidas por todos: “Carlitos es tan, pero tan bueno, que se da con Quaker”. O “no, pibe (su tratamiento habitual), no diga el mejor... porque si hay un mejor hay un peor y eso es feo... diga «el que más me gusta»”. A las que agregó cuatro chiquitas, pero muy propias, que guardo entre los mejores de mis recuerdos.

Una vez en la Academia Nacional del Tango se nos ocurrió juntar a los más jóvenes con los más ancianos para reflexionar sobre el momento que transitaba nuestra música ciudadana. Su presencia invadió el ambiente de un respeto y admiración que luchaban contra su siempre bajo perfil, pero uno de los muchachos, que sentía la necesidad de mostrarse ante los otros jóvenes quizá como el más transgresor, comenzó a armar un porro ante la estupefacción del resto de los presentes. Entonces Carlitos le dice: “Pibe, no hace falta”, y llevándose el dedo índice de su mano derecha hacia las narinas, suelta: “en mi época se hacía así”.

Otra fue cuando se le hizo la entrega del título de Ciudadano ilustre. El personal de ceremonial de la legislatura estaba inquieto, porque el acto se extendía demasiado y cada vez que yo trataba de darle fin, él me tomaba del brazo y me decía “espere”, y contaba otra andanza de Ciriaco Ortiz, que coronaba con una carcajada.

Otra, en una de mis presencias a los conciertos de los jueves al mediodía de la Orquesta del Tango de la Ciudad, espero que terminen, me acercó a saludarlo y apenas me ve me pregunta por quien era mi pareja. Le contesto que estábamos distanciados y me dice: “no, pibe, haga como yo con Amalia; arréglense, aunque más no sea para pelear”.

Y la última, que habla de su forma de ser y fue una nueva lección de vida. Me avisa quien oficiaba de secretaria que tenía al teléfono al maestro Carlos García. Lo atiendo y, pasados los saludos, me dice: “pibe, quiero hablar con usted”. Combinamos un encuentro en el bar Ramos, de Corrientes y Montevideo, hoy convertido en una franquicia de una reconocida pizzería. Pensé que se venía algún reclamo de parte de la orquesta, alguna recomendación para hacerle algún mimo o reconocimiento a algún músico que estaba en la mala y algunas otras cosas por el estilo. Ese día llegué puntual y él ya estaba tomando un jerecito. “Entona, ¿vivo?”. Comenzamos la platica, que derivó en varios temas, amenizados por su señorío y gracejo. Pasadas casi dos horas, teniendo yo otros compromisos, le digo: “bueno, maestro, ¿cuál es el tema por el que me quería hablar?” “Ninguno, pibe, solo quería hablar con usted”.

Maestro en toda su inmensidad, gracias.

Buenos Aires, 4 de octubre de 2014

FERNANDO FINVARB
Académico de número
Titular del Sillón “Evaristo Carriego”